

Un amor posible

A finales del siglo XVIII tuvo lugar una bonita, tierna y azarosa historia de amor. Se dice que en el mundo se producen circunstancias difíciles de comprender por nuestra limitada mente humana. En el supuesto que existan seres superiores, benefactores, que propician estos acontecimientos, y yo creo en ellos, estoy convencido que este relato fue imaginado desde el más allá por un querubín¹, de nombre Dom Quérubon. Desde una dimensión desconocida para nosotros, su sueño se hizo realidad en nuestro plano terrestre. Poco imaginaban los personajes que vivieron esta historia que sus circunstancias no se debieron a la casualidad.

Geneviève de la Citronelle des-Anges-Blondes era la única hija de Pierre-Louis de la Citronelle, Marqués de Lapeyre-Gignon², noble francés nombrado por el rey Louis XVI como embajador plenipotenciario en Roma. Esta era la capital de los Estados Pontificios, gobernados en aquel momento por el Papa Clemente XIV. Era el año 1773 y las relaciones entre los dos estados no pasaban por el mejor momento, aunque se habían suavizado las discrepancias gracias a la disolución de la orden jesuítica³.

El embajador Pierre-Louis de la Citronelle y su hija vivían en una gran mansión, en el llamado Palazzo Falcone. Este se encuentra en la Via del Babuino, una calle céntrica y concurrida entre la Piazza di Spagna y la Piazza del Popolo, muy cercanas ambas a la formidable Villa Borghese.

Geneviève nació en Francia en el año 1756. Su madre murió en el parto y quien más cuidó de la niña fue su querida doncella particular, Mademoiselle Aline Desgevettes du

¹ Los ángeles son espíritus puros, libres de toda materia y de naturaleza inmortal. Existen para glorificar a Dios y servirle como mensajeros. Se dividen en nueve órdenes, jerarquías o coros. Los querubines pertenecen a la tercera jerarquía y son considerados los guardianes de la gloria de Dios. Su nombre significa “plenitud de conocimiento” o “rebotante de sabiduría”. Su extrema inteligencia les permite conocer a Dios como ningún ser humano puede hacerlo. Se les representa como seres alados, de color azul y oro y aspecto humano, aunque según la visión que tuvo San Juan Evangelista, explicada en el libro bíblico del Apocalipsis, hay cuatro tipos de querubines, cada uno de ellos representando uno de los dones divinos. El primero con rostro de águila (sabiduría); el segundo con rostro de toro (fuerza); el tercero con rostro de hombre (amor) y el cuarto con rostro de león (poder).

Se desconoce si el llamado Dom Quérubon pertenece a alguno de estos tipos de querubines. En todo caso, se descarta interrogar al autor de esta historia para que sea más explícito en este apartado, pues sea cual sea su respuesta siempre será irrelevante y tenida en poca estima.

² El Marqués de Lapeyre-Gignon provenía de una familia noble que tenía sus posesiones en la población de Corbigny (Bourgogne), junto al río Yonne. Tenía un castillo, casas-fortaleza y muchas hectáreas de terreno. Los orígenes de la familia se remontan al siglo XVI. Alain Bloisne de la Citronelle era herborista y médico particular del rey François I de Francia, “Francisco el narigón”. A pesar de aplicarle numerosas cataplasmas de toronjil, *citronelle* en francés, no pudo curar a su monarca de una septicemia severa y este falleció el día 31 de marzo de 1547.

Su hijo Henri, que sería el rey Henri II, agradecido por sus servicios, le otorgó el título de Marqués de Lapeyre-Gignon. Y lo hizo con el fin de que sirviera como “Capitán de Frontera”, protegiendo una parte de la región de Bourgogne, que no estaba aún dominada por las tropas francesas. Para ello le entregó 1.350 hectáreas de terreno cultivable y apto para la ganadería.

³ Ante las presiones insistentes de los reyes Louis XV de Francia y Carlos III de España, el Papa Clemente XIV promulgó el 21 de julio de 1773 el “Breve” *Dominus ac Redemptor* por el cual quedaba disuelta la Compañía de Jesús. Los jesuitas ya habían sido expulsados de Francia (1763) y de España (1767) y confiscados todos sus bienes. Tras este “Breve”, fueron restituidos al Papado los territorios ocupados por Francia (Avignon y Condado Venesino) y por Nápoles (Señorío de Benevento y Pontecorvo). Numerosos estados europeos aplaudieron la decisión del Papa, pero ni Rusia ni Prusia, dos estados no católicos, aplicaron el decreto pontificio, de manera que la Orden jesuítica sobrevivió en aquellos territorios hasta que fue nuevamente reconstituida en 1814.

Ronsoir, a quien consideraba como su madre. El padre de Geneviève dio a su hija una educación exquisita y recibió clases de los más distinguidos maestros. Aprendió con soltura artes gramaticales y poesía, música, matemáticas y filosofía, que abordaba con preferencia los temas “femeninos” como el amor, la bondad, el sufrimiento, la tolerancia y la abnegación. Dominaba a la perfección el francés, el latín y el griego.

Pierre-Louis de la Citronelle no sentía gran cariño por su hija, a quien consideraba culpable de su viudez. Pero una buena formación era necesaria si quería un matrimonio ventajoso para ella y para él mismo, su hermosa y cultivada hija sería una buena inversión de futuro. Y un futuro muy cercano, pues Geneviève estaba a punto de cumplir los diecisiete años.

El marqués y su hija se habían establecido en Roma a principios de febrero del año 1773. Geneviève no sabía italiano y quería aprenderlo deprisa. Su padre no le hacía demasiado caso, estaba ocupado en sus tareas diplomáticas. Por tanto, la joven tenía una gran libertad de acción. Siempre atendida por su querida Aline y vigilada por los guardias de seguridad, Geneviève paseaba encantada por la Piazza di Spagna y se distraía viendo los espectáculos que se desarrollaban en ella: juegos de magia, teatro en la calle o poetas del amor que escribían versos a demanda. Y sobre todo los trapecistas, unos acróbatas que se jugaban la vida andando sobre alambres y saltando de mil maneras distintas agarrados a cuerdas finísimas.

Uno de ellos, Girolamo⁴, era su preferido. Había complicidad entre ellos. Cuando él la veía, le guiñaba un ojo y le dedicaba un salto o una pirueta, mientras le decía: “*Signorina, tutto questo é fatto per te*”. El corazón de Geneviève batía con fuerza y la convencía que aquello que sentía era amor. Así fueron pasando los días, las semanas y los meses, con guiños y palabras bonitas que parecían inofensivas.

Era diciembre de 1773 y se aproximaba la Navidad. Girolamo se puso una larga capa con capucha para que no lo reconocieran. Se mezcló entre el público y se acercó silenciosamente a Geneviève. Sin que nadie se apercibiera, le puso un paquetito entre las manos mientras le guiñaba un ojo y le mandaba silencio con su dedo índice. La joven regresó con prisas a su casa para abrir el regalo. Era una figurita de cristal que representaba a dos querubines de sexo opuesto que se besaban en la boca.

⁴ Girolamo Battista della Spezia parecía un humilde titiritero, saltimbanqui y trapecista que vivía de forma itinerante con la Compañía “Il Saltimbàncò saltatòre”. Dicha compañía estaba compuesta por tres hombres valientes que no temían a la muerte y por dos jóvenes muchachas, hermosas y ligeritas de ropa, que les servían de contrapunto y reclamo. Ellas enamoraban con sus encantos a los espectadores varones, que las observaban más a ellas que a los trapecistas, y pagaban generosas propinas.

Pero en realidad, Girolamo tenía un doble trabajo. Él era confidente y espía al servicio de Benedetto Santozzo, un conocido camorrista napolitano que había huido apresuradamente de su ciudad natal. Lo habían amenazado de muerte por contraer deudas con otros ventajistas como él y como tantos otros napolitanos. Y fue precisamente Girolamo quien le había salvado la vida al disfrazarlo de titiritero y hacerlo pasar por uno más de la Compañía. No pudo evitar, sin embargo, que una certera estocada en la última reyerta callejera le levantara el ojo derecho, a Benedetto, reduciendo notablemente su visión, pues el ojo izquierdo era muy vago y miope.

Poco después, Benedetto marchó de Nápoles sin dejar rastro, y se estableció con cierto éxito en la ciudad de los Papas, donde se dedicaba a la extorsión y al chantaje de todo el que se ponía a tiro; y por ello obtuvo un importante poder en la Corte Vaticana y entre la sociedad civil. Para mantener su status necesitaba informadores de confianza que estuvieran atentos a cualquier acontecimiento. Por eso reclamó a toda la Compañía de saltimbanquis para que se establecieran en su ciudad, con Girolamo a la cabeza, a quien quería de forma muy especial, como si fuera su hijo.

Geneviève se ruborizó al contemplar aquella escena y acarició la figurita durante largo tiempo. Una nota acompañaba el paquetito, escrita en italiano. En ella, Girolamo le confesaba su amor y le solicitaba una cita amorosa.

La joven ya había aprendido suficiente italiano como para entender el mensaje y responderlo. Le escribió a su pretendiente una encendida declaración amorosa y la posibilidad de verse el día 1 de enero de 1774, a mediodía. Su padre debía asistir a una recepción con el Papa y la casa estaría libre de sirvientes, ellos celebrarían la llegada del nuevo año de forma privada. La nota se la hizo llegar Geneviève a Girolamo bajo el ala de un pollo que compró en el mercado y regaló al grupo de artistas circenses como premio a su asombroso espectáculo. Al final de la nota, Geneviève firmaba con un emotivo y ocurrente ripio: "*Caro Girolamo, ti amo*".

Durante los días siguientes fue difícil que los dos enamorados pudieran contenerse cuando se veían en la Piazza di Spagna. Aline, la doncella particular, ya intuyó alguna cosa pero prefirió guardar silencio para no precipitar acontecimientos. La Nochebuena fue especialmente agradable para Geneviève. Estuvo cantando y bailando, muy divertida, amenizando la velada y provocando numerosas carcajadas y gestos de admiración en su padre y en los invitados, todos nobles personajes de la colonia francesa residente en Roma.

Pero lo que prometía ser una jornada de amor intenso se convirtió en un desgraciado incidente. El Papa Clemente XIV se sintió indispuerto aquel día y anuló la recepción de Año Nuevo, de manera que el embajador francés volvió muy pronto a su casa. La sorpresa fue encontrarse a su hija, desnuda, en medio del salón, bailando alegremente al son de una bandurria tocada por un joven desconocido, también desnudo y visiblemente excitado.

El embajador empezó a gritar con vehemencia, lógicamente contrariado por la escena. Desenvainó su espada dispuesto a rebanar con ella cualquier protuberancia que asomara del cuerpo de Girolamo. Pero este, ágil como era, eludió todos los intentos de estocada y tras diversos brincos acrobáticos salió de la estancia y pudo escapar de la casa de su amada. Geneviève se tapó con una sábana y lloró desconsoladamente, sin poder decir nada a su padre y negándose a revelar el nombre de su amante.

Aline estaba profundamente dormida en su habitación. Geneviève le había suministrado por vía oral un brebaje preparado por Girolamo, un potente narcótico llamado *Somno opprimi*, de efectos inmediatos, conocido popularmente como *Il sogno di Polifemo*. Según decía la leyenda, Ulises mezcló este producto con el vino de Marón. Y por eso el cíclope Polifemo, hijo de Poseidón, quedó dormido. Gracias a ello pudieron clavarle una estaca en su único ojo y escapar todos de la cueva del gigante y después de la isla dominada por él.

El marqués de Lapeyre-Gignon se enfureció con Geneviève, pues comprobada la pérdida de su virginidad, ya no podría utilizarla para ninguna alianza matrimonial ventajosa. La castigó duramente: la encerró en el último piso de la torre de vigilancia y quedó custodiada por dos guardias. Solo Aline la podría visitar y llevarle comida.

Así pasaron tres meses. La joven estaba desesperada, no tenía contacto con el exterior. Su doncella y casi madre tampoco se puso de su parte, estaba molesta por el brebaje que le suministró y aún tenía la mente obnubilada y sufría mareos frecuentes.

Un día, al atardecer, se asomó por la ventana que daba a un patio interior. Este quedaba cerrado por un muro de unos 3 metros de altura y 2 metros de grueso, colindante a una plazoleta poco concurrida. Allí vio a Girolamo, vestido con la larga capa y la capucha

que ya conocía. Él la esperaba en ese lugar desde hacía semanas, tenía la esperanza que en algún momento Geneviève se asomaría y podría verlo. La distancia entre la ventana y la parte superior del muro era grande, 64 metros en línea recta, teniendo en cuenta que la torre medía 40 metros, y el jardín interior, desde la base de la torre hasta la muralla, unos 50 metros.

No podían comunicarse a gritos, el servicio y los guardianes podrían oírlos y descubrir su presencia. Pero no haría falta gritar. Girolamo mostró a Geneviève una ballesta, y con gestos y aspavientos le hizo entender que cuando se fuera el sol, él tiraría un dardo que iría atado a una cuerda y llevaría un mensaje escrito. Ella debía tener la luz de la habitación encendida para que el tiro tuviera posibilidades de acierto.

Aquella misma noche, cuando ya oscureció, Geneviève encendió velas y cirios de cera para iluminar el marco de la ventana y fuera visible desde el exterior. Girolamo estaba apostado en la plazoleta, aguardando el momento idóneo. Geneviève le hizo unas señas con los brazos y se apartó. El primer disparo dio en la diana. El dardo entró por el centro de la ventana y fue a clavarse sobre una de las vigas de madera del techo de la torre. Geneviève desclavó la flecha, arrancó la nota que iba atada al astil de madera, y tiró el dardo y la cuerda por la ventana para que lo recuperara su amado tirando de ella.

Girolamo escribió en el mensaje que sabía por uno de los sirvientes que a su amada la había encerrado su padre en la torre más alta, la de vigilancia, y no tenía ninguna intención de liberarla por el momento. Él se había apostado frente a la ventana día y noche esperando que ella se asomara. Ella no debía temer nada pues ya estaba preparando un plan de huida; sería arriesgado pero estaba seguro que funcionaría. Deberían ir con mucha precaución. Su padre estaba muy irritado y lo buscaba con ahínco, había descubierto finalmente su identidad y tuvieron que suspender las funciones acrobáticas en la Piazza di Spagna.

Al día siguiente a la misma hora, Girolamo volvería a disparar con la ballesta, y en el dardo iría atada una paloma mensajera, la cual serviría a Geneviève para enviar mensajes a cualquier hora del día. La muchacha se despidió de su amado y se desnudó completamente, con la intención que este pudiera verla en su plenitud y la deseara con ardor. Le mandó un beso y un abrazo y cerró la ventana.

Geneviève no dirigió la palabra a Aline, como era costumbre, y por supuesto no le contó nada. Cenó a la hora habitual y por fin anocheció. Encendió velas y cirios y abrió la ventana. Girolamo estaba ahí en la plazoleta, esperando. La joven se apartó y un nuevo dardo fue a clavarse contra el techo de madera de la torre, muy cerca del impacto de la noche anterior. Su amado era un gran tirador, no había duda. La flecha era más alargada que la otra y ciertamente llevaba atada al astil una paloma mensajera, blanca, preciosa, la cual llevaba un mensaje enrollado entre sus patas. Geneviève la desató y la puso dentro de un armario con rejillas para evitar que escapara y también que se ahogara. Leyó el mensaje, desclavó la flecha y la tiró por la ventana para que la recuperara Girolamo. Después, volvió a mostrarse desnuda y se despidió de su querido.

En esta misiva estaba escrita la idea que tenía el trapeceista para rescatar a su amada. Se trataba de construir una máquina elevadora con un sistema de poleas y cordajes que se situara frente a la ventana de la torre, a modo de grúa. Luego se elevaría una escalerilla que permitiría el descenso seguro de la joven prisionera. El problema estaba en que la estructura era muy grande y podía levantar sospechas entre el vecindario. Además, Geneviève debía ser valiente, estar muy ágil y no sufrir vértigo, cuarenta metros en vertical impresionan a cualquiera.

Pero el amor todo lo vence y la chica contestó al mensaje de Girolamo con encendidas muestras de afecto y de deseo, todo acabaría bien. Depositó el mensaje entre las garras de la paloma y la dejó volar para que regresara a su palomar⁵, en la casa de Girolamo.

Pasaron los días con un intercambio frenético de flechas y palomas. Nadie sospechaba nada y la máquina elevadora ya estaba casi terminada. Era una torreta cuadrada, de tres metros de alto por cuatro de lado, apoyada sobre una plataforma de seis ruedas gracias a la cual podía moverse sin excesivo esfuerzo. De la parte superior de la torreta saldría una escalerilla plegable, que en su máxima extensión medía 70 metros, la cual uniría el muro, en la plazoleta, al marco de la ventana de la torre de vigilancia. Geneviève debería amarrar fuertemente la escalerilla, con cuerdas, a las vigas de madera que soportaban el techo de la torre de vigilancia.

Ciertamente había riesgo en el descenso, se haría de noche y con la única luz de las velas y los cirios que iluminaban la ventana. La pendiente entre ésta y la parte superior del muro era de 36,5°, una gran inclinación. Además, la estructura sería muy inestable, sobre todo en el tramo medio, cuando la escalerilla se balancearía y arquearía hacia abajo al soportar el peso de Geneviève. La madera podría no resistir y partirse en dos.

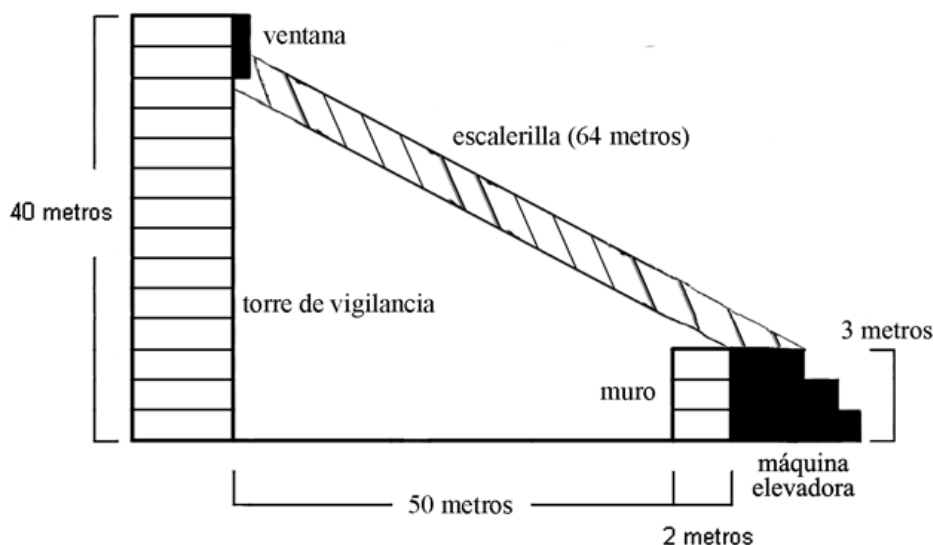
Cuando todo estuvo preparado se decidió que la huida se efectuaría el 25 de mayo, coincidiendo con la luna nueva, llamada también luna negra, pues no es visible y no emite luz. El día se alargaba notablemente, por lo tanto el momento idóneo debía ser a partir de las 12 de la noche, cuando todos durmieran. La plazoleta y las calles adyacentes quedarían totalmente a oscuras, ya se ocuparían los titiriteros de apagar todas las velas de sebo y antorchas instaladas en las farolas.

Todo se hizo con la mayor rapidez y sin ningún contratiempo. Girolamo y sus amigos trapevistas empezaron a tirar dardos y flechas hacia la ventana de la torre, todos certeros y clavados en las vigas de madera; y entonces Geneviève anudaba las cuerdas tan fuertemente como podía. Después se lanzaron las poleas, que también ató a las vigas. Y ahora sí, tirando desde abajo y empujando la torreta, esta quedó adosada con fuerza al muro, a su mismo nivel, 3 metros de altura.

⁵ Las palomas mensajeras han sido utilizadas desde la Antigüedad para llevar mensajes de un lugar a otro (en pergaminos enrollados en una pata o en el interior de un tubo). Lo han hecho tanto en tiempos de guerra, para notificar triunfos o derrotas, como en tiempos de paz, utilizadas por ejemplo por los hospitales para enviar muestras de sangre a los laboratorios. Hay que tener en cuenta que las palomas mensajeras pueden recorrer hasta 800 kilómetros en un día.

Existen diversas teorías que explican la capacidad de las palomas mensajeras para encontrar el rumbo adecuado, pero puede suponerse con cierta precisión la forma en que lo hacen. Son aves unidireccionales; esto es, siempre regresan a casa, al palomar donde nacieron o donde se adaptaron de adultas, aunque para ello tengan recorrer centenares de kilómetros. Este peculiar instinto de orientación, llamado menotaxia, se debe a su desarrollado reloj biológico, acorde con la latitud en la que se crió, de manera que todos sus ritmos vitales están adaptados a la intensidad y duración de la luz de ese lugar para cualquier época del año. Así, al soltar a la paloma, esta dirigirá su vuelo en la dirección en la que el Sol mostrará la adecuada posición aparente a la hora del día y época del año que la paloma recuerda.

Sin embargo, esta facultad sólo le servirá para aproximarse al punto de destino. Para llegar al palomar en su tramo final, las palomas mensajeras emplean otro sentido de orientación, llamado farotaxia, basado en el reconocimiento previo de puntos fijos en varias direcciones, como edificios, árboles, jardines, etc.



Había llegado el momento de la verdad. Con ayuda de las poleas y las manivelas, la escalerilla fue enfilando su recorrido hacia la ventana. Geneviève estaba muy concentrada en la tarea y deseaba tocar la punta de madera. Cuando esta llegó a su altura, la apoyó contra el marco de la ventana y la ató con firmeza a las vigas del techo, que ya estaban llenas de dardos, cuerdas y nudos. De abajo tiraron con todas sus fuerzas y comprobaron que la estructura resistía y permanecía rígida.

Girolamo hizo una señal con la mano para que se preparara su amada. Geneviève le mandó un beso, esta vez vestida, por decoro, no estaban solos. Por todo equipaje cogió la figurita de los dos querubines besándose y se la guardó en el escote. Se encaramó sobre el marco de la ventana, agarrándose con fuerza a los pasamanos de la escalerilla. Tal y como su amado le recomendara en una de las misivas, empezó a bajar, de espaldas al cielo, con la cabeza levantada para no mirar al vacío. Con lentitud al principio, y más soltura después, Geneviève fue descendiendo con firmeza. La escalerilla se ladeaba y arqueaba, pero la joven se aferraba sólidamente a las barandas y seguía bajando. Finalmente llegó hasta el muro del jardín, donde la esperaba Girolamo. Los dos amantes se fundieron en un fuerte y breve abrazo, debían partir sin demora. La compañía de trapezistas cortó las cuerdas y marchó arrastrando la máquina, que fue desmontada y quemada en un descampado.

Por la mañana, Aline fue a llevar el desayuno a Geneviève y descubrió su ausencia. Su padre montó en cólera y juró venganza. Primero contra su hija, a quien desheredaba definitivamente, y después contra Girolamo, por cuya cabeza prometía una gran recompensa. Pero los dos jóvenes estaban a salvo, escondidos en una de las casas del camorrista Benedetto Santozzo, verdadero artífice de la huida de Geneviève.

El embajador Pierre-Louis de la Citronelle, Marqués de Lapeyre-Gignon utilizó todas sus influencias para saber el paradero de su hija. El silencio era la respuesta, y aunque se sospechaba que el camorrista Santozzo estaba implicado en aquella historia, nadie quería señalarlo abiertamente con el dedo. En el Vaticano, todo fueron buenas palabras pero nada más. De hecho, una parte de la curia estaba implicada con aquel camorrista, el principal suministrador de mujeres y pisos francos para los religiosos. Había en Roma un inmenso lupanar, en el monte Quirinal, propiedad de Santozzo, que hacía las delicias de los servidores vaticanos, acostumbrados a desfogarse de manera discontinua y en la mayoría de ocasiones invocando a Onán.

El día 22 de septiembre de 1774 se produjo un giro relativamente inesperado. El Papa Clemente XIV murió⁶ y durante unos meses todo fueron confusiones y tensiones entre los bandos implicados en la sucesión.

El embajador quería recuperar a su hija a toda costa para castigarla como merecía, y ya había decidido ingresarla de por vida en un monasterio de clausura. A Girolamo quería darle feroz tormento, a ver si entre grilletes y a fuego lento cantaba la misma melodía que aquel maldito día en su casa, desnudo frente a su hija, con una bandurria gruesa y una verga erecta.

El 15 de febrero de 1775 fue elegido un nuevo Papa, Pío VI, tras ciento treinta y cuatro días de deliberaciones en el cónclave⁷. Al principio tuvo el apoyo de Francia, España y Portugal, de manera que nada cambió y los jesuitas siguieron disueltos. Pero el rey de Francia creía llegado el momento de cambiar a su embajador. Había hecho un buen trabajo pero ya lo conocían demasiado en la curia y sería bueno un relevo y caras nuevas. Además, el rey sabía que en aquel momento su embajador no estaba concentrado en su trabajo sino en recuperar a su hija. Y lo destinó a Argel, una plaza cómoda pero muy menor para sus aspiraciones políticas.

Perdida su influencia y sabiendo que pronto sería relevado, el embajador quiso dejar zanjado el problema. Se dirigió con treinta hombres fieles y fuertemente armados hacia la casa de Santozzo, dispuesto a terminar de una vez con aquella historia, recuperar a su hija y castigar al tal Girolamo.

⁶ El Papa Clemente XIV era ya mayor, 71 años, y fue a caballo a la Iglesia de Santa Maria sopra Minerva para asistir a una función religiosa con motivo de la fiesta de la Anunciación. Fue sorprendido por un gran temporal a medio camino, quedándole toda la ropa mojada y sin posibilidad de cambiarse. Esto no hizo más que agravar su enfermedad de herpes que ya le había deformado la cara y un ojo.

La gente decía que el Papa tenía visiones ridículas y era supersticioso, aunque en realidad sufría depresiones y un temor exagerado a ser asesinado. Incluso circuló el rumor que había sido envenenado, pero la autopsia demostró que se trataba de sospechas infundadas y había muerto tras una larga agonía.

⁷ Al nuevo Papa Pío VI le tocó vivir el proceso revolucionario francés, denunciando su anticlericalismo y condenando la persecución religiosa a que fueron sometidos los cargos eclesiásticos. En julio de 1790 se había reorganizado la Iglesia francesa, que redujo a los clérigos al rango de funcionarios asalariados. Pío VI se sumó a la coalición de potencias europeas conservadoras contra la Francia revolucionaria, acogiendo a numerosos refugiados monárquicos y constituyéndose por ello en objetivo militar del Directorio francés. Se rompieron las relaciones diplomáticas y Francia volvió a anexionarse los territorios de Avignon y del Venesino (actual departamento francés de Vaucluse).

En 1796, las tropas napoleónicas iniciaron la invasión de Italia y no respetaron la autonomía del Vaticano. El 15 de febrero de 1798, el ejército francés entró en Roma al mando del general Louis Berthier, quien proclamó la República Romana. Apresaron al Papa y lo deportaron como prisionero de estado, primero a Florencia y después a Valence, en Francia, donde murió el 29 agosto de 1799.

En el clima republicano y jacobino que dominaba Italia en aquel momento, casi todos los cardenales se establecieron en Venecia bajo la protección austriaca. En el año 1800 el nuevo Papa Pío VII regresó a Roma, y en julio de 1801 se firmó el Concordato entre Francia y la Santa Sede. En él se reconocía que el Papa representaba el catolicismo en Francia, la religión mayoritaria entre sus ciudadanos.

Posteriormente, acudió a París para presenciar la coronación imperial de Napoleón Bonaparte (2 de diciembre de 1804). Pero las relaciones entre ambos empeoraron mucho y en el año 1809 los Estados Pontificios fueron nuevamente invadidos por los franceses. El Papa Pío VII excomulgó a todos "*los depredadores del patrimonio de Pedro*", sin nombrar explícitamente a Napoleón. Fue arrestado y retenido como prisionero en Savona, Génova y luego Fontainebleau. No fue hasta el año 1814, tras la derrota definitiva del ejército francés, cuando el Papa pudo retomar sus posesiones y fue reconocida la pervivencia de los Estados Pontificios en el llamado Congreso de Viena (1815). Este Papa restituyó de nuevo a la Compañía de Jesús.

Ciertamente, el camorrista no esperaba esa visita. Pero su casa, una hermosa villa a las afueras de Roma, estaba bien protegida y con muchos guardas vigilando cualquier incidencia.

El Marqués de Lapeyre-Gignon quería liquidar la faena. Recordando los orígenes militares de su familia, amenazó a Santozzo con bombardear su casa con los dos cañones largos de ocho libras, para Plaza y Sitio. Los tenía dispuestos tras los árboles del promontorio a la derecha de la casa y apuntaban directamente al centro de la misma. Mejor le entregaran a su hija y al trapeceista y él se iba en paz. No tenía nada en contra de Santozzo ni de los camorristas que extorsionaban a los pobres ciudadanos romanos y tentaban con el pecado carnal a los humildes religiosos.

Pero es bien sabido que los napolitanos son pendencieros y no dejan de lado una afrenta, aunque solo la encaran cuando creen haber conseguido ventaja. El marqués olvidó la retaguardia y los cuatro hombres que custodiaban los dos cañones fueron rápidamente reducidos por los esbirros de Santozzo, sin derramar ni una gota de sangre.

Así las cosas, el camorrista ya dio la cara, envalentonado y seguro de la victoria. Salió de su casa junto a cincuenta y dos hombres, armados hasta los dientes y dispuestos a disparar si así se les ordenaba.

El Marqués era hombre de honor, o eso pretendía, y viéndose en inferioridad, propuso a Santozzo batirse en duelo. Si ganaba el napolitano, se quedaba con todas las propiedades que permanecían en su Palazzo Falcone. Si perdía, le devolvía a su hija y a Girolamo. Le gritó que no fuera cobarde y luchara como un hombre, que los valientes nunca escribieron nada sobre ellos mismos, que el honor nunca lo tuvo el cobarde que escribiera sobre un valiente. Y como no era honor lo que obtendría Santozzo, el duelo serviría para colmar su ambición: ganar mucho y perder poco.

Santozzo tenía sólo un ojo, muy miope, y se sabía en desventaja. Pero al oír las palabras del Marqués se dio cuenta que este tenía muchas dificultades al respirar, se ahogaba al hablar, ahora sería diagnosticado como asma, probablemente debida a alguna alergia a los numerosos pólenes que pululaban en el ambiente⁸. Entonces pensó que lucharía con ventaja y se decidió a complacer al Marqués en un duelo a muerte, con espada.

Empezó la lucha: el Marqués resoplaba fatigado y Santozzo sabía siempre dónde se encontraba su enemigo. La lucha fue larga, no había manera que las dos espadas chocaran entre ellas. Los dos contendientes se alejaban, temerosos el uno del otro.

El Marqués era buen espadachín, pero no podía respirar y se cansaba mucho. Finalmente cayó al suelo lamentando su mala fortuna. Santozzo fue hacia allí rápidamente y clavó su espada sobre el bulto que percibía tendido. La espada se introdujo en el abdomen del Marqués, una herida mortal. Pero en lugar de apartarse, el presunto vencedor se acercó pues no veía a qué o a quién había perforado. Y ese momento lo aprovechó el moribundo Marqués clavando su espada en el pecho de Santozzo, que cayó al suelo herido de muerte. Los resoplidos del Marqués cesaron justo cuando el ojo miope de Santozzo se cerró para siempre.

⁸ La alergia es una reacción, una respuesta de defensa del organismo, cuando este entra en contacto con determinadas sustancias provenientes del exterior o que el organismo identifica como agresivas. Se conocen con el nombre de sustancias alergénicas.

El polen puede ser una de ellas. Se trata del nombre colectivo que se da a las microsporas, o granos de polen, de las plantas con semilla o espermatofitos.

Geneviève y Girolamo salieron de su escondite, tristes por los acontecimientos. Ella se quedaba sin padre y sin herencia, todos los bienes, posesiones y títulos de su progenitor se los quedaría el rey de Francia pues no había herederos ni familiares cercanos. Y su amor se quedaba sin su amigo y protector. Pero estaban juntos, su amor había vencido.

La Compañía *Il Saltimbàncò saltatòre* volvió a actuar libremente por las calles y plazas de Roma, obteniendo cada vez más éxito en sus representaciones, pues la incorporación de Geneviève como acróbata tuvo gran aceptación. Enseguida aprendió el oficio con maestría y su presencia permitió la ejecución de números muy espectaculares y complejos. Como el doble trapecio, donde ella saltaba al vacío, y tras dos volteretas en el aire era recogida por Girolamo, boca abajo y sujeto con las piernas a los laterales del trapecio. Luego regresaba ella al trapecio original en su recorrido de vuelta.

El número final, llamado “la estrella”, era el más esperado: se disponían cuatro trapecios, formando un cuadrado entre ellos, dos a dos. Girolamo y sus otros dos compañeros se balanceaban boca abajo, sujetos por las piernas a los laterales del trapecio. Geneviève saltaba con fuerza de su trapecio, hacia arriba, muy alto, y tras hacer tres volteretas en el vacío, era recogida por sus tres compañeros. Un trapecista la agarraba por los dos pies y le abría las piernas. Los otros dos la cogían por cada mano y le estiraban los brazos. Así, estirada y tensada por sus tres compañeros, daba la sensación de ser una estrella de cuatro puntas. Los aplausos eran atronadores.

Las actuaciones se repetían cada vez con más frecuencia y sus servicios eran solicitados por muchas ciudades italianas, donde la compañía gozaba de gran prestigio y hacía frecuentes giras. Pasaron los años y Geneviève y Girolamo se convirtieron en los padres de cuatro hijos, dos niños y dos niñas, que también actuaban en el trapecio, realizando unas piruetas difíciles de imaginar, saltando de derecha a izquierda y de arriba abajo.

Tal era su fama que incluso traspasó las fronteras italianas y el rey de Francia, Louis XVI, solicitó una representación privada en su palacio de Versalles. Fue un gran éxito. El rey quedó impresionado por la precisión y valentía de aquellos trapecistas que hacían sus piruetas sin protección alguna, seguros de la perfecta coordinación de sus acrobacias.

Geneviève quiso aprovechar aquel éxito y solicitó audiencia al rey. Era el año 1788 y la situación política en Francia empezaba a agitarse considerablemente⁹. Le confesó al rey

⁹ En el año 1787, el Parlamento francés se había convertido en un órgano de poder importante que incluso había desatado diversas órdenes reales. El rey Louis XVI había reaccionado reformando el Parlamento y limitando sus funciones. Pero en 1789, la resistencia a la reforma económica obligó al rey a convocar los Estados Generales, intentando conseguir los cambios que promulgaba y dotar de mayor poder al llamado Tercer Estado. Las pretensiones monárquicas por retomar el control del poder dieron lugar a reacciones antimonárquicas como el llamado Juramento del “Jeu de paume” del 20 de junio. Y el 9 de julio, la Asamblea se nombró a sí misma Asamblea Nacional Constituyente.

Dos días después, el rey ordenó la reconstrucción del ministerio de Finanzas. Gran parte del pueblo de París interpretó esta acción como un golpe de estado de la realeza. Se lanzó a la calle en abierta rebelión y asaltó el 14 de julio de 1789 la fortaleza de la Bastille, el símbolo del absolutismo monárquico. La Revolución se fue extendiendo por ciudades y pueblos, creándose nuevos ayuntamientos que no reconocían otra autoridad que la Asamblea Nacional.

La familia real fue trasladada, por seguridad, del Palacio de Versalles al Palacio de las Tullerías. En junio de 1791, el rey y su familia intentaron huir de París en dirección a Bélgica. Pero fueron identificados y capturados en la población de Varennes y trasladados de vuelta a la capital, donde continuaría ejerciendo como rey constitucional, aunque bajo arresto domiciliario.

Louis XVI sería arrestado oficialmente el día 13 de agosto de 1792. El 21 de septiembre del mismo año la Asamblea Nacional declaraba la República en Francia. Fue juzgado por la Convención Nacional y se le

que su padre había sido su solemne embajador en Roma y que tras una muerte desafortunada, todas sus posesiones y títulos fueron legalmente absorbidos por el rey.

Pero ella era la hija de Pierre-Louis de la Citronelle, Marqués de Lapeyre-Gignon, y aunque su padre la desheredara injustamente, le explicó al rey toda la historia de amor vivido, pensaba que quizás el buen monarca le devolvería una parte de las posesiones de su padre. Ella se comprometía a mantener la compañía de trapezistas en territorio francés y realizar cuantas representaciones quisiera su Graciosa Majestad.

El rey quedó conmovido por la historia de Geneviève y pensó que un súbdito francés de rancio abolengo siempre triunfa ante las adversidades. Por esto sería bueno premiar el esfuerzo con una buena recompensa. Así lo hizo y devolvió a Geneviève sus posesiones en la Bourgogne, en la población de Corbigny, junto al río Yonne: el castillo, diversas casas-fortaleza y muchas hectáreas de terreno.

La compañía *Il Saltimbàncò saltatòre* pasó a llamarse *Les Sauteurs immortels*, y el castillo de la Citronelle fue convertido en un circo permanente. Allí las atracciones parecían no tener fin y era visitado diariamente por centenares de curiosos que pagaban religiosamente la entrada y salían maravillados por el espectáculo visto: magos, acróbatas, domadores, payasos, malabaristas, equilibristas, etc. Una compañía compuesta por más de cien personas y treinta animales salvajes que generaban unos suculentos beneficios.

Sin embargo, el bienestar no duró demasiado. El clima social era muy adverso y a pesar de que su espectáculo iba dirigido a todos los ciudadanos sin excepción, era bien sabido que Geneviève tenía un origen aristocrático y que sus posesiones habían sido una donación expresa del rey.

Era el año 1790. Girolamo tenía una gran intuición y comprendió claramente que el futuro no auguraba nada bueno para ellos.. Entonces propuso a Geneviève vender todas sus posesiones al ayuntamiento de Corbigny, regido por la Asamblea Nacional, a un precio de saldo. De todas formas lo perderían todo, cualquier día les expropiaban sus terrenos y simplemente los expulsaban.

El circo podría quedar como una propiedad municipal destinada al divertimento de los buenos ciudadanos franceses. El ayuntamiento vio con buenos ojos la posibilidad de gestionar un negocio rentable en un entorno maravilloso. Pagaron un precio miserable por todas aquellas posesiones. Pero era suficiente dinero para que la familia de Geneviève pudiera vivir desahogada durante diversas generaciones.

Parte de la compañía permaneció instalada en el castillo de la Citronelle. Algunos prefirieron una liquidación generosa y marchar a otros países donde la vida fuera más tranquila. Girolamo, Geneviève y familia también optaron por salir fuera, como tantos otros “emigrés”, pues la violencia reinante no era segura para los nobles, temerosos del rumbo que pudiera tomar la reconciliación temporal entre el rey y el pueblo.

Se tiene constancia que la familia de acróbatas se instaló en el lejano Canadá, en la ciudad de Québec, donde residieron cómodamente. La compañía de acróbatas actuó durante un tiempo y pronto se disolvió, Geneviève y Girolamo tenían una edad que no

acusó de “conspiración contra la libertad pública y la seguridad general”. Fue declarado culpable de alta traición y condenado a la guillotina (361 votos a favor, 288 en contra y 72 abstenciones). La ejecución pública del ciudadano Louis Capeto, llamado así para quitarle su rango real, tuvo lugar el 21 de enero de 1793.

permitía los saltos precisos y sus hijos ya no sentían la misma vocación circense que en la Citronelle.

Las siguientes generaciones han pasado desapercibidas para la historia. No se tiene noticia de ninguna circunstancia reseñable. Hay diversos Citronelle repartidos por todo Canadá, y aún en Francia pueden encontrarse algunos descendientes de aquellos Girolamo y Geneviève.

Simplemente añadir que en el año 1963 apareció publicado en Canadá, en francés, un libro ilustrado sobre el trapecismo, titulado *Le trapézisme dans les arts et les métiers du cirque: Les sauteurs immortels*. Su autor era un tal Jérôme de la Citronelle, que se describía a sí mismo como “descendiente de Geneviève y Girolamo, los primeros trapecistas canadienses”. En la portada del libro podía verse en el ángulo superior derecho la fotografía de una figurita de cristal que representaba a dos querubines de sexo opuesto que se besaban en la boca.